

LA UNIÓN, SU HISTORIA ENTRE REPÚBLICAS: 150 AÑOS DE UN MUNICIPIO

MEMORIAL PACO RÓDENAS

Francisco José Franco Fernández
Cronista Oficial de Cartagena

Recibido: septiembre 2018/ aceptado: octubre 2018

RESUMEN

El presente artículo pretende ser un acercamiento al municipio de La Unión (Murcia) desde su constitución en el siglo XIX hasta la actualidad. El autor nos plantea un recorrido histórico por el joven municipio a través del análisis de su realidad económica minera, su cultura y sus personajes, uniendo pasado y presente de una ciudad que forjó en el período comprendido entre las dos Repúblicas algunos de los rasgos que definen hoy en día su personalidad.

PALABRAS CLAVE

La Unión, Murcia, minería, II República en Murcia.

1. El nacimiento de un municipio

La Unión, esa ciudad alucinante de la que hablaron Asensio Sáez, Antonio Ros, Mariano Grao, Miguel Hernández y otros muchos, cumple 150 años, pero tiene muchos más si estudiamos el municipio dentro del análisis comarcal de un territorio definido por la vecindad de Cartagena y del Mar Menor, la existencia de Portmán y la actividad minera, que marca su esencia desde la antigüedad (hablándose en las crónicas clásicas de la existencia del sabio Babelio como renovador de la minería local); y define el nuevo modelo productivo contemporáneo y la propia identidad de la localidad. Así lo describió el profesor Maturana:

“Pocos lugares como la comarca de Cartagena han provocado luchas tan reiteradas por su control, llevados los hombres por su afán de lucro. El motor, o al menos el factor primordial en el devenir de esta área levantina fue y será la explotación de los metales, en especial, la lustrosa plata...¹”

El núcleo de poblamiento original del interior, donde empieza la actividad económica es en El Garbanzal, parece que en tiempo de Los Austrias, con una grave crisis en el siglo XVIII que comenzó con una epidemia de cólera, se construyó el llamado cementerio viejo.

Hemos de situar el comienzo de la minería como actividad ubicada en el sector secundario en los albores de la revolución industrial: la ley de 4 de julio de 1825, redactada por Fausto Elhuyar, hace posible la demarcación de escoriales, terreras y minas, apareciendo los primeros *partidarios*, es decir, pioneros de la explotación minera que alquilan un terreno y solicitan una concesión que nunca excede de un tamaño de una hectárea, lo cual marcó profundamente el espacio productivo de la zona: un modelo minifundista con múltiples carencias técnicas y de seguridad. Poco a poco, la ventaja comparativa consistente en la cercanía de las explotaciones al mar y la aparición de hornos de fundición *castellanos* sentó las bases de un nuevo modelo productivo: en los momentos previos a la constitución del nuevo municipio existían unas 300 concesiones, 45 fábricas de fundición de plomo y 3 de desplatación, comenzando a configurarse un paisaje caracterizado por la existencia de grandes desmontes por donde se movían de forma continua los trabajadores entre masas de polvo y estampidos de barreno.

Con el auge de las minas en la segunda mitad del siglo XIX (coincidente con la entrada de capitales procedente de otras comarcas mineras en declive) la cuenca minera de Cartagena comenzó a multiplicar su población, especialmente en las pequeñas localidades de Portmán, Llano del Beal, Herrerías, El Garbanzal, Roche y Alumbres, cuya diputación integraba estos territorios, que tuvieron dos breves experiencias de municipio independiente en los años 1813 y 1820 de aquel siglo. En 1844 se integraron en el nuevo y efímero ayuntamiento

¹ VVAA *La sierra de Cartagena-La Unión*. Número monográfico de la revista *Bocamina* (número 2). Madrid, 1996.

de Pozo Estrecho. Tras esto El Garbanzal, Herrerías, Portmán y Roche, coincidiendo con la expansión del movimiento migratorio, se constituyeron en diputaciones dependientes de nuevo del consistorio cartagenero, teniendo al frente cada una de ellas un alcalde pedáneo, siendo por aquel entonces el principal problema la falta de definición exacta de sus lindes y política urbanística. El aspecto común de aquel territorio era la falta de regulación y la anarquía de sus asentamientos, donde se confundían las concesiones mineras, las tierras de labor y las viviendas². La fuerza reivindicadora de muchos de sus habitantes y los múltiples conflictos en su administración posibilitaron la creación en 1859 de la villa del Garbanzal, que integraría las cuatro diputaciones con el problema de partida de no existir una denominación común ni conocerse con exactitud (lo cual generó durante décadas problemas legales) los límites de Cartagena con el nuevo término municipal, descrito así por Francisco José Ródenas:

“La diputación del Garbanzal... se hallaba habitada entonces por 1373 almas, repartidas en un rosario de caseríos con nombre propio³.”

Desde ese momento los vecinos de la nueva villa decían que los cartageneros recogían las inversiones de los grandes propietarios mineros y los cartageneros se quejaban de tener que mantener instituciones de policía y beneficencia que eran históricamente comunes.

La ley vigente posibilitó que el gobernador provincial designase de entre sus más de 1300 vecinos a los integrantes del nuevo cabildo utilizando de forma delegada al alcalde corregidor de Cartagena, Manuel Herrero Guzmán, que dio entrada oficial a las casas consistoriales al nuevo alcalde presidente, sus dos tenientes de alcaldía y doce concejales. Entre los nuevos miembros de la corporación había propietarios y hombres de leyes que conformaron la base de poder para la administración del municipio durante largos años: a la sazón los apellidos Sáez, Izquierdo, Ros, Manzanares, Conesa, Fuentes, Huertas, Cobacho, Laliga, Salinas, Ayala, Rosique y Vidal.

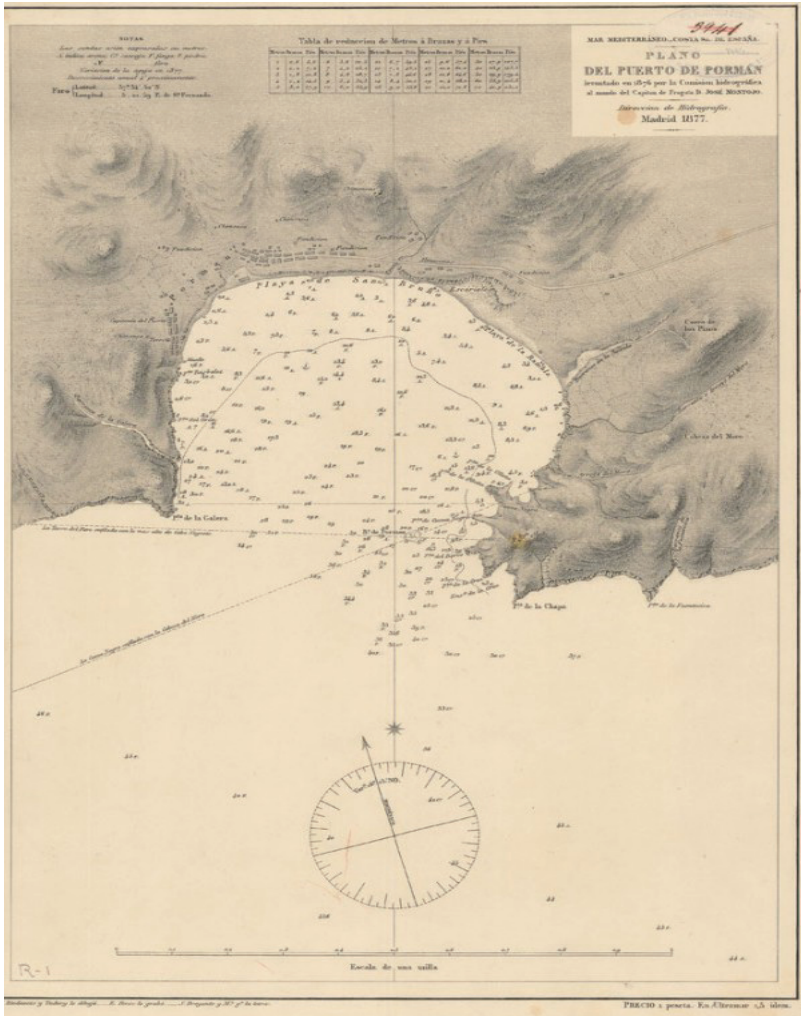
² Legaz Martínez, Francisco “El nacimiento de un municipio: La Unión”, en *Cartagena Histórica* nº 10. Cartagena, 2005. Pp. 59-61.

³ *El proceso de transformación espacial de La Unión (1840-1960)*. Tesis doctoral. Universidad de Murcia, 1986.

El nuevo equipo municipal se reunió por primera vez el 1 de enero de 1860 en la casa del cura del Garbanzal, siendo alcalde Antonio Sáez López. El primer secretario con nombramiento fue Gregorio Murillo, siendo los principales gastos en ese tiempo los de administración, educación y beneficencia; y los ingresos los procedentes de los arbitrios locales. Las muchas dificultades económicas llevaron a los vecinos a reclamar de la administración central un procedimiento insólito en la vida municipal: votar en referendo la continuidad del municipio, lo cual quedó ratificado con el desarrollo de una consulta con resultado ampliamente favorable. Nacía así una conciencia colectiva que no ocultaba las carencias materiales de sus ciudadanos ni las crecientes protestas de los vecinos de Herrerías, que cuestionaban el liderazgo material y de nomenclatura de El Garganzal, consiguiendo tener la sede municipal en suelo herrerense, lo cual se consolidó con la creación años después de la histórica sede de la calle Bailén, manteniendo El Garbanzal la primacía religiosa al tener en su parte la ermita y el cementerio y, sobre todo, la económica, pues una ingente multitud de trabajadores y productores explotaban una gran cantidad de minas de plomo y plata, que eran exportados en lingotes por el puerto de Cartagena: *San Juan Bautista, Roma, Santa Ana, Mina San Isidro...* gracias a modestos innovadores como Juan Martín Delgado, farmacéutico de Cartagena que diseñó el Horno Atmosférico de Fundición.

De esta forma, los dos territorios con mayor poder específico fueron articulando mecanismos de control sobre los más de 48 kilómetros cuadrados del nuevo municipio, que se consolidaron en el llamado Sexenio Democrático que comenzó en 1868 tras el exilio de la reina Isabel II. El hombre fuerte de aquel momento era el general Prim, que fue recorriendo el territorio peninsular en aquellos primeros días del nuevo régimen para apagar diferentes fuegos, *desfacer entuertos* y retirar del nomenclátor nacional determinada toponimia malsonante: el nuevo territorio y sus litigios conocen de la mano del nuevo gobernador militar de la plaza, Lorenzo Milán del Bosch, que apoya el cambio de denominación, que fue inmediato (entró en vigor el 27 de noviembre de ese mismo año) y que recogía la vieja tradición administrativa de las capitanías generales de los territorios de América de llamar *La Unión* al producto resultante de la fusión de territorios. Desde enero del 69, coincidiendo con la nueva ley electoral, el municipio pasaba a tener 18 concejales elegidos de forma proporcional y equitativa en los distritos de

Garbanzal-Roche, Herrerías y Portmán. Su primer alcalde fue Manuel Gutiérrez Muñoz y su estructura administrativa fue consolidada con la creación en 1876 del Juzgado de Instrucción y Primera Instancia.



La bahía de Portmán, cien años antes de su deterioro

En aquel momento las cuatro poblaciones del municipio alcanzaban ya los 8000 habitantes, existiendo una importante crisis demográfica entre 1873 y 1874, momento en el que se produce la Guerra Cantonal, que paraliza la actividad minera al no haber comunicación con el puerto de Cartagena, sitiado y bajo control de Antonete Gálvez y su junta.

Tras la Guerra, la modernidad se instala en el municipio pues, además del tren, se inaugura el alumbrado público, la línea telegráfica y el nuevo juzgado. En 1878 se construye el Hospital y el cementerio de Nuestra Señora del Rosario, al año siguiente la glorieta situada frente al Ayuntamiento, y pocos meses después se arregló la carretera de Cartagena y se construyó la de Portmán al Rincón de San Ginés.

Fueron años de prosperidad económica y de conflictividad social (destacan especialmente los disturbios de los años 1851, 1856, 1857, 1861, 1864 y 1868), marcada por el mal reparto de las plusvalías de la minería y la especial relación con Cartagena, ciudad a la que fue unida por ferrocarril en 1874 en pleno crecimiento de las grandes riquezas mineras de la zona; coincidiendo con la mecanización de las labores: los lavaderos gravimétricos fueron reemplazados por aparatos accionados por botón o palanca⁴.

La consolidación del municipio en 1868 coincidió con el comienzo del nuevo régimen político y con la promulgación de la nueva ley minera, que multiplicó las concesiones, desplazándose paulatinamente el centro de gravedad político y económico del nuevo término y alfoz hacia Herrerías, que vio multiplicada su aparición y concentró la mayoría de fábricas de fundición y almacenes. Las instalaciones más modernas, las únicas que utilizaban para el transporte del mineral cables aéreos, eran la *Mancomunidad Zapata* y la *Empresa Portmán*.

Es Miguel Zapata (1841-1918) el prototipo principal de la zona: el llamado *Tío Lobo* había tenido diversos negocios en la zona antes de dedicarse a la explotación minera. Poco a poco, imitando el modelo de los trusts industriales de Centroeuropa, fue acumulando riquezas materiales: concesiones mineras, transportes terrestres y marítimos, fundiciones, embarcaderos, financiera y empresa de maquinaria y fundición (*La Maquinista de Levante*). Se distinguía de los demás propietarios por no temer la presión del entorno social minero, fijando su residencia en Portmán, cuyo puerto habilitó para la producción y la exportación minera. En 1886 puso en marcha el cable aéreo que unía los 2200 metros de distancia que separaban las minas *Lucena* y *Calatrava*.

⁴ Botella y Hornos, Federico: *Descripción geológica y minera de las provincias de Murcia y Albacete*. Madrid, 1868.

En aquel entonces se completa el mapa de labores mineras que se desarrolló en la Sierra:

-Calcinación de metales sulfurosos. Al aire libre o en vasos cerrados.

-Fundición. a-En hornos de tiro o de manga: de escorias antiguas o de metales plomizos (carbonatos y sulfuros mezclados con escoria antigua). b-En hornos de manga mezclando los sulfuros traídos del Jaroso (Cuevas de Almanzora) con galenas plumbíferas, escorias y otros minerales.

-Dulcificación. En reverberos de plaza de hierro colado y de mortero refractario.

-Cristalización de plomos autóctonos con el sistema Pattinson.

-Copelación. Sistema inglés de plomos procedentes de los hornos de fundición o de las calderas Pattinson.

-Reducción de letargirios. En reverberos y en horno escocés.

2. La llegada del nuevo siglo

El comienzo del nuevo siglo está marcado por los ecos de la crisis nacional de 1898, que coincide con el primer gran conflicto obrero de La Unión (que en 1894 recibió el título de ciudad y conoció el establecimiento de la aduana marítima de Portmán), expresión del distanciamiento de muchos empresarios mineros que fijaron su residencia e invirtieron sus capitales en Cartagena y en otras ciudades mientras en la cuenca minera se conocía el drama de la explotación y la pobreza, con pagos de jornales en especie en forma de vales para canjear en determinados comercios y jornadas de trabajo propias de un cuento de Charles Dickens.

Los accidentes y las muertes formaban parte de la vida cotidiana, siendo sus causas más comunes las siguientes: tifus, paludismo, viruela, sarampión, escarlatina, difteria, gripe, cólera (en distintas variedades), tuberculosis, meningitis, sífilis, cáncer, hemorragia cerebral, enfermedades cardíacas, bronquitis, neumonía, afecciones estomacales, obstrucciones intestinales e hidrofobia. La elevada mortalidad y las malas condiciones de trabajo impulsó la creación de la llamada policía de mina, que realizaba las inspecciones oportunas para velar por que se cumpliesen las visitas técnicas de los ingenieros (comprobando el

registro en las minas), accidentes, intervenciones técnicas, marcha de los talleres e instalación de nuevas máquinas.

Treinta años después de los luctuosos hechos del 98, los recordaba así Mariano Grao:

“Treinta años han transcurrido ya desde aquella fecha y todavía cuando recordamos los hechos nos parece estar viendo aquellos grupos de obreros desenfrenados que no se detenían ante obstáculo alguno... Los minerales se cotizaban a precios altos, pero las subsistencias también habían aumentado su precio y los salarios eran bajos. A todo esto se unía la pesadumbre del vale: los mineros recibían a cambio de su trabajo un papelito que solo era admitido en determinados establecimientos. Semejante situación influía en el malestar de los obreros... Y así llegó el día 4 de mayo. Al amanecer había apostados en casi todos los caminos grupos de obreros que informaban a los otros de que había huelga... Cuando se hubieron reunido iniciaron su marcha por El Descargador camino de la ciudad, haciendo su entrada a las seis de la mañana. Irrumpieron destrozando todo lo que había a su paso. El primer grupo se dirigió hacia la Fábrica del Gas, destrozándolo todo e intentando hacer estallar la caldera... Allí acudió entonces el alcalde, José Maestre Pérez, quien les dirigió la palabra... Otro grupo muy numeroso se dirigió a la Estación y al Mercado, donde hicieron serios destrozos... El tercer grupo fue al Ayuntamiento y después de abrir las puertas de la cárcel haciendo escapar a los presos, subieron al edificio, arrojaron el archivo a la calle y le pegaron fuego, destrozando luego el Registro Civil.

A las dos de la tarde hizo entrada otro grupo, procedente del Llano del Beal, que destrozó lo poco que quedaba sano... El pueblo rugía por las calles y a medida que avanzaba el día, más se le oía. Muchos abandonaron la ciudad... Por fin, a las cinco de la tarde, aparecía venido de Cartagena, el Regimiento Sevilla y a toque de corneta desaparecieron los revoltosos... De aquel movimiento solo quedan algunos revoltosos en la cárcel, quizás los menos culpables... cuentan que hubo una mano extraña escondida detrás de aquel alboroto ¿Quién fue?⁵”

5 *La Tierra*, 4-5-28.

La crisis social⁶ fue paliada gracias a la buena gestión del alcalde Pedro Ros, que creó la *Cocina Económica* de la calle San Antonio, donde se daban 500 comidas diarias y se crearon brigadas de obreros para realizar trabajos comunitarios. En esa primera década del siglo se pusieron en marcha algunas instituciones de tipo asistencial y educativo, como la Cruz Roja (1909, en la calle Mayor, presidida por Jacinto Conesa), en 1910 el *Centro Instructivo de Obreros Republicanos* (precedente lejano en la comarca de la Universidad Popular, impartándose diferentes enseñanzas) y ese mismo año la *Cocina Económica*, que se emplazó donde luego estuvo la cárcel.

A pesar de la miseria y las lamentables condiciones de trabajo de los casi 15000 obreros de la comarca, que comenzaron a asociarse en sindicatos y mutualidades de socorro⁷, hemos de señalar que la expansión minera continuaba, convirtiendo al puerto de Cartagena en centro de un fértil comercio hacia los puertos de Marsella, Rotterdam, Emden, Odessa, Londres, Amberes, Hamburgo, Génova y Liorna.

Tras una primera década de siglo titubeante, en 1912 se produce la entrada en escena de la compañía francesa *Peñarroya*, que absorbe a otra empresa anterior de la misma nacionalidad, continuando la labor de Hilarion Roux, creador de la fundición de Escombreras y la *Sociedad Especial Emilia*, base del futuro minero; y cierra un trato con Álvaro Figueroa, Conde de Romanones, pasando así la nueva sociedad a controlar también el taller de desplatación de Santa Lucía y contribuyendo en esa primera etapa en la cuenca minera a la modernización de las instalaciones: hornos de calcinación, machacadores, lavaderos y separatorios por imantación.

Por aquellos años La Unión era una tierra de oportunidades, apareciendo una arquitectura de tipo Modernista que no se puede comparar a la del multitudinario movimiento urbanista de Cartagena, pero que nos ha dejado ejemplos como el de la casa de Miguel Zapata en Portmán, la Iglesia del Rosario (inaugurada en 1902, obra de Justo Millán), la Casa del Piñón (apodo de su dueño, el empresario Joaquín

⁶ Estos acontecimientos dejaron mucha huella, existiendo una calma tensa en la cuenca minera, que estuvo militarizada durante año y medio.

⁷ *Centro Instructivo, Sociedad de Mecánicos, El Despertar, La Redentora...*

Peñalver) en la calle Mayor (actual sede del Consistorio) y, sobre todo el magnífico edificio del Mercado Público (actual auditorio Príncipe Felipe, sede del Festival del Cante de las Minas), que muchos dicen lleva el sello de la escuela de Eiffel a pesar de ser obra de Víctor Beltrí y Carlos Mancha. Es un edificio rectangular que tiene como eje central un octógono y su principal valor artístico es la sabia combinación de la mampostería, el vidrio, el mosaico, los arcos y los pilares. Toda la actividad urbanística se concentró en el rectángulo que forman las calles Real y Mayor, sobre todo esta última, artería principal de la ciudad, como señaló Asensio Sáez:

“(...) Por la calle Mayor pasaban todas las procesiones. Por la calle Mayor pasaban todas las cabalgatas. Por la calle Mayor pasaban todos los entierros (...)”

Ese esplendor de algunas viviendas situadas en las calles Mayor y Real contrastaba con los habitáculos donde vivía la mayoría de los unionenses, así el informe del Instituto Nacional de Reformas Sociales de 1906 señalaba la insalubridad de la mayoría de ellas, que carecían de patio, de retrete y de sumideros. En las estrechas calles del casco urbano escaseaba la luz y la ventilación y los obreros vivían hacinados, por lo que se creó el *Patronato San José Obrero*, cuyo objetivo era construir casas cuyo coste se sufragaba con el pago del alquiler en los primeros años, pasando luego a ser propiedad del obrero: eran cuidados paliativos a una clase social que necesitaba transformaciones profundas y cambiar la realidad cotidiana de los habitantes de ese 40% de viviendas catalogadas como insalubres.

La Primera Guerra Mundial supuso una gran oportunidad para poder incrementar las exportaciones, pero la falta de carbón para activar la maquinaria y, sobre todo, las dificultades del comercio ligadas a la impune actividad destructiva de los submarinos alemanes a pie de puerto, provocaron el cierre de muchas empresas y el desempleo del 70% de los trabajadores.

La mayor expresión de la crisis socioeconómica fueron los sucesos del 7 de marzo de 1916, que han marcado las relaciones sociales en La Unión durante décadas: con motivo de la huelga general que se

llevaba a cabo en la cuenca minera⁸, muchos trabajadores del sector se concentraron ante la fábrica del propietario minero Pío Wandosell para comprobar si los obreros que estaban allí trabajando lo hacían sin coacciones. Tras muchas horas de espera, un destacamento de la Guardia Civil se presentó en el lugar y disparó a quemarropa, siendo el dramático resultado final siete fallecidos y dieciséis obreros heridos.

Con estos sucesos se inicia la lenta agonía del sector minero comarcal, marcado por la huída de inversores, el encarecimiento de materias primas y fuentes de energía. El diario *El Eco de Cartagena*, en su edición del día 10 de diciembre de 1917, publicaba las peticiones de los productores mineros de la comarca, encabezados por José Maestre:

-Que los impuestos mineros no gravasen la producción, sino los beneficios.

-Normalizar la producción de materias primas y fuentes de energía necesarias para la explotación minera: suministro eléctrico y de carbón; yute para la fabricación de cestos y cordelería minera; máquinas y vagones.

-Que los precios se fijasen en España y no en los mercados extranjeros.

-Que se abaratase el precio de los explosivos.

Para paliar la enorme conflictividad social José Maestre Pérez llegó a proponer algo que fue la base de los futuros sindicatos verticales de los períodos fascistas: la creación de comisiones mixtas para la solución de los problemas laborales. Se propuso la creación de un tribunal donde participasen miembros de la Federación de Sociedades Obreras y el Sindicato Minero (Patronal). Maestre era en aquel tiempo, como esposo de la hija del *Tío Lobo*, el gran controlador de los negocios de la familia Zapata.

La Unión generaba riquezas que se materializaban en otros lugares, siendo expresión de este momento la conformación del carácter y la cultura de la comarca: el trovo (hecho arte por Marín) y el cante

⁸ Organizada por la CNT, sindicato mayoritario en ese momento, liderado en La Unión por Teresa Claramunt y Salvador Seguí.

minero son producto de la raíz andaluza de muchos de los habitantes del municipio y de la dureza de sus vidas: mientras la riqueza de la burguesía minera poblaba Cartagena de lujosos teatros y cafeterías, en los cafés de la cuenca argentífera (como *El Ateneo*) Antonio Chacón, el *Cojo de Málaga* y, sobre todo, *El Rojo El Alpargatero*, creaban de la raíz andaluza la minera, la cartagenera y la taranta. Así justifica Asensio Sáez, en su obra *La copla enterrada. Teoría apasionada del cante de las minas*:

“(…) Si canta la madre en la cuna, inventando la nana más dulce para el sueño del hijo; si canta el soldado al limpiar la salpicadura de la sangre en el fusil; si canta el campesino entre los oros, como un retablo, de los trigos; si cantan los niños compartiendo la copla con la fresca manzana y y la rebanada de pan untada de miel, en la hora de la merienda; si los salmos eran cantados con melodías populares y el odio y el amor necesitan del cante para medrar o morir, ¿no ha de cantar este hombre de las minas de La Unión, de sangre andaluza casi siempre, sangre maestra de la copla, mora y sorprendente, con unas gotas de misterio crepitando entre los glóbulos? ¿No ha de cantar el minero, con una urgencia casi frenética, al saltar después de la negra jornada a la tierra firme con el sol, limpia moneda de oro ofrecida, en pago de su trabajo, en la bandeja de la tarde; aún antes: al recibir la corona del viento fino del día sobre la cabeza, todavía medio cuerpo dentro del pozo?”

Sobre la vida cotidiana de aquellos años son numerosos los testimonios de prensa encontrados, pues se fueron sucediendo publicaciones periódicas de vida efímera como *El Faro Unionense*, *Mefistófeles*, *La Unión*, *Las Provincias de Levante*, *El Eco de La Unión*, *El Botón*, *La Antorcha*, *Once de Febrero*, *La Verdad*, *La Opinión*, *La Unión por dentro*, *La Orquesta*, *Primero de Mayo*, *El Combate*, *El Cartero de la Sierra*, *El Cuco*, *El Cantón*, *El Palenque*, *El Popular*, *La Primavera*, *El Renacimiento*, *La Reforma*, *El Bouquet*, *El Heraldo de La Unión*, *Gente Joven*, *República*, *El Faro*, *La Semana Minera*, *La Región*, *Germinal*, *El Ecuador*, *Iris*, *La mariposa*, *La escalada*, *El espectador*, *Juventud*, *El Rebelde*, *La Lucha*, *El despertar obrero*, *Burla burlando*, *La Cachiporra*, *El Cencerro*, *La Novela Relámpago*, *El boletín del trabajo*, *La Palestra*, *El álbum Ros*, *La novela levantina*, *La campana universal*, *Semanario Unionense* o *La voz del pueblo*.

Una de las publicaciones de mayor impacto fue *El Pueblo*, diario de la tarde que se publicó a comienzos del siglo XX y que contó con la colaboración de los alcaldes Pedro Ros Manzanares y Jacinto Conesa García (que era además su director); políticos como Tomás, José y Ponciano Maestre o Juan De la Cierva Peñafiel; pedagogos como Enrique Martínez Muñoz; escritores locales como Juan Pujol, Ricardo Codorniu; e intelectuales de prestigio como Joaquín Costa o Miguel de Unamuno.

Eran entonces frecuentes los actos de tipo cultural, destacando por aquel tiempo la presencia en la ciudad en 1917 de la afamada pedagoga María de Maeztu, quien fuese años después la gran renovadora de la educación en España. El diario local *El Porvenir* se hacía así eco de su presencia en la ciudad:

“Los maestros de Cartagena y La Unión han organizado un acto de propaganda cultural que honra a la clase que pertenecen y está llamado a tener gran interés: se trata de llevar a cabo la Jornada Pedagógica, con arreglo al siguiente programa:

(...) Discurso resumen de la señorita María de Maeztu en el que abordará las cuestiones más palpitantes relativas a la educación de las niñas y de las jóvenes (...).”

3. La vida era diferente en aquellos años 20

Pero, sin duda, la persona que lideraba la vida cultural en aquel tiempo, el cronista más importante de comienzos de siglo, y quizás el mayor conocedor del alma y el sentimiento unionense fue Mariano Grao Alpañez, escritor y corresponsal en La Unión del diario *La Tierra* (utilizando el seudónimo *Calahonda*), republicano progresista que desarrolló su labor periodística desde la época del Sexenio Democrático hasta su fallecimiento en 1929. Sobre él su más adelantado discípulo, Antonio Ros, escribió el panegírico *Ha muerto un santo*, donde describía cómo habían sido sus últimos días en el hospital, su pobreza y su ejemplo de vida.

En torno a él se fue desarrollando el fecundo círculo republicano de la ciudad, del que salieron los hermanos Sánchez Blaya, Antonio Ros, Miguel Cegarra y Santos Martínez (con los que formó el colectivo *Juventud Rebelde*, que incluso llegaron a editar un periódico juvenil, luego se integraron en el *Directorio Republicano*): se reunían en el *Centro Instructivo* por las tardes, compartiendo con ellos sus certeras reflexiones sobre las cosas de La Unión:

-El problema minero: centrando el debate en torno a tres posibles causas: los excesivos impuestos, la dependencia de los intereses extranjeros y la codicia de las grandes sociedades mineras, muchas de las cuales no explotaban directamente las minas, existiendo toda una cadena de subarriendos, resultando a veces que el productor efectivo no podía hacer frente a la explotación al no poder pagar los costes y los sueldos, contribuyendo así a la precariedad y la explotación laboral y el enriquecimiento de los intermediarios. Un asunto muy importante es la contradicción que suponía estar la mayoría de las explotaciones en el término municipal de La Unión (y el grueso de los trabajadores) y, sin embargo, la sede de la *Cámara Minera* o patronal estaba en Cartagena.

-Las deficiencias del alumbrado en el entorno del mercado y en las estaciones del tren y los problemas del suministro eléctrico a las explotaciones mineras prestado por la empresa concesionaria, *Sociedad Unión Eléctrica*, que ponía en riesgo la integridad física de los obreros:

“(...) Casi todos los días se repite el caso de que las cubas, cargadas de obreros, se queden a la mitad de los pozos porque se corta la corriente... y por interrupción de la fuerza eléctrica a la hora de hacer la última descarga de barrenos, y por tanto a la hora de la salida del relevo, queden los trabajadores en la profundidad y tengan que recorrer largas y peligrosas distancias en busca de las escalas o el vapor de otra mina que los saque. Ya no es raro que a la hora de la descarga haya accidentes. La Jefatura de Minas debe obligar a los explotadores a que instalen rampas o escalas...⁹”

-Los problemas municipales: desajustes de horarios del tren. Problemas en el mercado y la lonja. Los problemas de funcionamiento a

⁹ *La Tierra*, 11-1-19.

nivel político y administrativo en el Ayuntamiento: retrasos en los cobros, incumplimiento de plazos, irregularidades en los nombramientos, mala organización de los procesos electorales, etc. Mal estado de los caminos (especialmente la Cuesta de las Lajas).

-Asuntos tratados y a tratar en el Ayuntamiento. Desvíos de fondos destinados a la asistencia social a gastos en festejos. Impago de impuestos de los poderosos.

-Accidentes laborales en las minas.

-Evolución de los precios de los minerales.

-Conflictos obreros. Abusos patronales. Mítines, huelgas y manifestaciones. Marchas femeninas del hambre, algunas de ellas muy importantes:

“A pesar de que, por fortuna, no hubo que lamentar incidentes sensibles, es cierto que la manifestación de las mujeres celebrada anteayer contra la carestía del pan, ha revestido excepcional importancia, tanto por lo numerosa cuanto por lo extraordinaria... los grupos de manifestantes recorrían las calles protestando contra la apertura de los negocios...¹⁰”

-Descripción de las malas condiciones de vida de los trabajadores de la mina, exponiendo en 1917 la situación de la familia tipo unionense, de un colectivo de unas 25000 personas, que ganaban un sueldo medio de tres pesetas, habiendo de mantener con ello una familia de cinco o seis personas: solamente la adquisición de pan suponía dos pesetas, por lo que es fácil realizar un cálculo de la situación general de la familia y en particular de los que trabajaban en la mina, que realizaban un gran desgaste energético en su larga jornada de trabajo, estando permanentemente expuestos a la desnutrición y a las enfermedades de todo tipo.

¹⁰ *La Tierra*, 14-5-20.

-Catástrofes naturales, especialmente las periódicas inundaciones, relatadas así:

“El temporal lluvioso acaecido estos días tiene convertidas las calles en lodazales. La que en peor estado se encuentra es la calle Real... La calle Mayor, la principal de nuestro pueblo, ha perdido su bombeo y en su piso se deposita el barro que impide el paso... se aproximan los días en los que esta calle ha de convertirse en mercado por Navidad y si esto no varía, los compradores habrán de llegar en barcas y zancos... antes de que lleguen esos días habría de tenderse grava menuda y no pedruscos como se hizo otras veces, pues este remedio resulta peor que el mismo barro...¹¹”

-La vida social. Nombramientos de unionenses para cargos públicos. Paisanos de viajes. Bodas, natalicios, enfermedades y defunciones, siendo de gran finura y calidad literaria sus esquelas de agradecimiento:

“Gratitud. Nuestro querido amigo don Francisco Ruiz nos suplica que en su nombre y en el de toda su familia, demos las más sentidas gracias a todos los que rindiendo tributo a la finada, concurren al entierro de su inolvidable esposa, doña Elvira Pérez Cegarra (q.e.p.d.)¹²”

-Campañas en pro del indulto a los obreros presos en las movilizaciones de los años 1916 y 1917.

-Notificaciones: préstamos vencidos, bandos municipales, llamamiento a filas y recaudaciones.

-Anuncios. Alquileres y ventas. Ofrecimiento de chicas de servicio y nodrizas. Objetos extraviados.

-Actos públicos: fiestas civiles y religiosas, excursiones del Club de Exploradores, actos de la Cruz Roja, etc.

11 Diario *La Tierra*, 13-12-17.

12 Diario *La Tierra*, 28-11-17.

-Higiene pública: denuncia de ventas en malas condiciones (las compara con las de un bazar marroquí), reclama limpieza en los puestos. Describe las epidemias como las del cólera y la gripe y la falta de medios materiales y alimenticios para atenderlos.

-La necesidad de ir a la playa. Relata el movimiento de obreros a través del tren de Los Blancos hacia La Unión huyendo del polvo, la suciedad y la contaminación, la aparición de las primeras concesiones de terreno en La Lengua de la Vaca para hacer barracas a pie de playa, cimentadas con las propias piedras del mar. El *Directorio Republicano* de La Unión hizo posible las excursiones diarias hasta Los Alcázares estableciendo un servicio de transporte que realizaba con su camión el que años más tarde fuese alcalde, Juan Sánchez Blaya.

-Relatos históricos: sucesos de La Unión y la Sublevación Cantonal.

Pero lo que le convirtió realmente en un rebelde admirado por algunos y perseguido por otros, lo que le mantuvo casi siempre en un estado próximo a la pobreza de los obreros que él defendía fue su actitud rebelde frente al poder, especialmente contra las miserias del turnismo y las corruptelas del caciquismo imperante, denunciadas en artículos como “Y saltó”, escrito en 1917, unos días después de la Revolución Bolchevique en Rusia, donde hablaba así de la elección del alcalde:

“(…) desde luego que si la elección fuese popular o si el ayuntamiento fuese reflejo de la voluntad del pueblo, el elegido sería don Enrique García... pero como la elección ha de hacerla una corporación constituida por el favoritismo, será elegido quien menos confianza tiene del pueblo, un servidor de los Mangoneadores, los que menos sirven al interés público... pero si el pueblo se revuelve ¿qué podría pasar? Bueno será que los que disponen de nuestros destinos piensen en ello, procurando dar al pueblo lo que del pueblo es, sin dar ocasión a que el pueblo se lo tome (...).”

Habla sin miedo alguno, a cara descubierta, de la doblez de familias como los Zapata-Maestre, que mantenían una importante infraestructura benéfica, pero que se negaban a pagar determinados

impuestos municipales y aceptar las disposiciones nacionales en materia de horarios, limitaciones al trabajo infantil, pago en especie y precios de los alimentos en sus economatos. En un artículo de 1919, titulado “¿En qué país vivimos?”, señalaba:

“(…) cuando vemos el saludable efecto que causan esas disposiciones en otros pueblos y que en el nuestro causan el mismo que causaría una medida adoptada en China, cuando vemos la manifiesta desobediencia de los encargados de poner en práctica las órdenes del gobierno central, y la fría indiferencia con que éste se ve desobedecido y despreciado por sus subalternos y cuando vemos a nuestro pueblo que no manifiesta ni el más pequeño disgusto por el abandono en el que se le tiene, llegamos a pensar que La Unión no debe ser de España (...)”¹³.

Mariano Grao ha sido, sin duda alguna, la persona que mejor ha descrito la miseria casi esclavista de unos trabajadores que no tenían protección alguna ante la enfermedad y la muerte: cada mañana se veía apuntar al alba por las estribaciones de la sierra una interminable fila de luces que portaban los que se dirigían a la mina. Los que tenían la fortuna de tener trabajo continuo apenas conocían la luz del sol. Comían y compraban en las cantinas y colmados de los patronos enseñando el famoso *Vale*, una papeleta pequeña con el nombre de la mina y el obrero, la cantidad que representaba, la fecha y la firma del encargado. Los puntos de canje estaban en Portmán, La Unión, El Descargador, Algar, Llano del Beal y Alumbres. Cada día las mujeres iban a esos lugares para proveerse de los víveres, pues había vales para todo: para comer, para el calzado, el vestido o la peluquería, de forma que había obreros que no ingresaban más que un cuarto de su jornal, pues los que preferían el efectivo al vale eran despedidos. Muchos tenderos les engañaban en los precios, porque habían de entregar una comisión a los patronos.

Eran muy frecuentes los accidentes, sobre todo de los picadores (expuestos a los desprendimientos) y los barrenos, porque los barrenos tenían un defecto: eran cargados dándole fuego a la mecha, que a veces parecía que estaba apagada, por lo que el trabajador lo destapaba antes de tiempo con trágico resultado. Fueron tantos los accidentes, que el gobierno comisionó a un experto, que llegó a la conclusión de que las

13 *La Tierra*, 31-8-19.

mechas llevaban un filamento finísimo donde faltaba la pólvora, que seguía ardiendo tras haberse quemado ésta, de forma que llegaba al detonador minutos después.



Podemos decir que la minería ha marcado desde su fundación no solo la dinámica socioeconómica local, sino también el ritmo poblacional del municipio de La Unión, que aumentó su censo desde 1860 hasta 1920 sin cesar, pasando de 8000 a 30000 habitantes: era una ciudad en plena expansión (cuarta por número de habitantes de la provincia) que estrenaba señas de identidad y escudo con la lámpara, el monte y los símbolos mineros; una ciudad que cautivaba a cuantos visitantes recibía y manejaba importantes presupuestos, pues se pasó de las 13200 pesetas anuales del año 1861 a las más de 800000 del año 1928. Recogemos por su calidad el testimonio del intelectual murciano Carlos Ruiz Funes:

“Para mis amigos de La Unión.

He estado recientemente dos días en La Unión, pueblo al que tenía por oscuro. Confieso mi equivocación: La Unión es un pueblo altruista, noble, simpático, sincero... Su definición es matemática: labora constantemente, tiene ideales magníficos; su representación

intelectual es un hecho; su resurgimiento material está inminente. Es de un dinamismo extraordinario, como todo pueblo de comercio abundante...¹⁴”

De la grandeza de aquel tiempo hablaba así Tomás Maestre, con un sentido algo diferente:

“(…) ¿Quién se acuerda ya de aquellas antiguas Herrerías? Hace apenas tres lustros que de un burgo de aventureros... ha surgido un pueblo, ha nacido una ciudad... Al antiguo placer californiano, con sus cantinas trashumantes, con sus antros tenebrosos, en los que se fraguaba el crimen, se concertaba la expoliación y vivía el vicio... A la suerte ha sucedido el trabajo prolífico; a la imprevisión, el ahorro; allí donde se alzaba victorioso el juego y la cueva del lupanar, se eleva hoy la Iglesia Católica, la basílica bendita donde encontrar consuelo a las desgracias: en el yermo infecundo el Santo Hospital; junto a la mina, el Asilo de Huérfanos del Trabajo; donde antes era la tasca inmunda luce ahora la Tienda Asilo; y donde había un descampado existe ahora el Liceo Obrero... es que el burgo de La Unión estaba dotado de una gran raza...¹⁵”

La familia Maestre Zapata era el principal exponente del modelo económico y social imperante en La Unión en los años anteriores a la Guerra Civil, creándose en aquella sociedad injusta y desigual algunos centros benéficos, algunos de ellos fundados por José Maestre y su esposa Visitación Zapata (hija de Miguel Zapata, *Tío Lobo*, que fue el que financió su construcción), como el Asilo de Huérfanos, reflejo de la dureza de la mina, pues en 1904 recibían allí asistencia de vestido, alimento y educación 80 niñas atendidas por la madre Dolores Cubero, que dirigía un equipo de monjas y niñas voluntarias. Por otro lado, funcionaba bajo los auspicios del alcalde Jacinto Conesa la *Cocina Económica*, situada en la calle del Arco, donde las Siervas de Jesús ofrecían comida diaria a 250 niños de sus escuelas. El edificio fue diseñado por Pedro Cerdán y complementaba la labor que también realizaba el Liceo Obrero.

14 “Palabras breves”, en *El Liberal de Murcia*, 17-7-25.

15 “A don Jacinto Conesa”, en *El Liberal de Murcia*, 17-7-25.

Podemos afirmar que los años de gobierno del alcalde Jacinto Conesa (entre 1902 y 1910), republicano moderado, fueron un paréntesis dentro de un modelo político y económico injusto. Todas estas iniciativas de tipo benéfico esconden tras ese envoltorio solidario una situación global de injusticia social que se manifestó en el momento en el que se instaló de nuevo en el poder una mayoría conservadora que dejó cesantes a la mayoría de los funcionarios del equipo anterior (algo habitual en aquellos tiempos), provocando situaciones de máxima tensión como la acaecida en el pleno municipal del 29 de enero de 1910, reflejado así en las páginas del periódico *El Liberal de Murcia*:

“(...) El señor Cortés Varela solicita usar de la palabra y el señor Cánovas en tono altanero dice que no se la da porque él es el amo y que se hace lo que él quiere... el público prorrumpió en gritos y silbidos y muchos individuos armados de cuchillos, revólveres y palos se abalanzaron sobre el estrado en actitud hostil... la mayor parte del gentío se lanzó atropelladamente hacia las escaleras huyendo despavoridos, siendo varios los que cayeron siendo pisoteados por la multitud... Varios municipales y serenos penetraron revólver y sable en mano... la serenidad de algunos concejales evitó milagrosamente una catástrofe... resultando tan solo unos individuos magullados (...)”.

Todas estas tensiones continuaron durante años, lo cual encontramos reflejado en cierta prensa de la época, como *El Despertar del Obrero*, que se editaba en la Casa del Pueblo de la localidad cartagenera de El Llano del Beal¹⁶. Como órgano de la Federación de Sociedades Obreras de la Provincia de Murcia expresaba su rechazo al sistema político de la Restauración y calificaba a los patronos de la comarca como “hombres de todos los matices reunidos en abominable oligarquía dispuestos a perpetuar la vida del privilegio y la explotación capitalista¹⁷”. En el mismo ejemplar se hacía una pequeña referencia al acto de conmemoración de los sucesos del 7 de marzo de 1916:

“Las sociedades obreras de Cartagena y su cuenca minera, han honrado la memoria de aquellos mártires organizando una manifestación

16 Fue un momento de gran auge del socialismo, creándose una agrupación en La Unión y otra en Portmán en 1911.

17 Editorial del 8 de marzo de 1918.

que, partiendo de la Casa del Pueblo de La Unión, visitó la tumba de tan llorados compañeros. A la una de la tarde llegaban las primeras representaciones obreras al indicado centro. Una hora después ya era imposible permanecer en su espacioso salón, dado el crecido número de compañeros allí congregados. A las cuatro pusieron en marcha la manifestación, compuesta de unas 2000 personas, a cuya cabeza figuraba un grupo de hermosas y valientes muchachas, con las coronas y retratos de las víctimas.”

Por otro lado, el semanario sindicalista *Acción Directa* llamaba a los trabajadores a la insurrección, siendo las consignas establecidas *Sindicalismo, Boicoteo y Sabotaje* frente a la explotación capitalista. El concepto *Acción Directa* era concebido en la cuenca minera como el rechazo a la vía indirecta, es decir, a participar en el juego electoral: uno de sus principales defensores, Francisco Blanco Sánchez, así lo versaba:

Levanta humano, sin temor, la frente;
No inclines hacia el suelo la cabeza,
Pues solo pertenece a la nobleza
El paria, el proletario, el indigente.
No acierta a comprender mi oscura mente
Por qué te hallas sumido en la pobreza,
Cuando hasta mientras sueñas la riqueza
Brilla en el cielo el astro refulgente.
Cesarán en el mundo los horrores
Siendo dichosa la familia humana
Cuando solo la formen productores¹⁸.

Al comienzo de los años 20 la producción minera sufre las consecuencias de la descomposición del Estado, de la inestabilidad política, conociendo La Unión y Cartagena la visita del rey Alfonso XIII el día 21 de marzo de 1923, pocos meses antes del golpe de Estado:

18 Publicado en *Acción Directa* el 20-2-14.

“(...) el Rey pudo comprobar que en escasas ocasiones le habrán hecho manifestaciones con el calor del pueblo, con el entusiasmo, con el afecto desbordante que tenían las que le hizo el pueblo de La Unión y Cartagena (...)”¹⁹.

Alfonso XIII se trasladó al aeródromo de Los Alcázares. En su trayecto pasó por La Unión, donde se detuvo para saludar al alcalde y miembros de la corporación. Mariano Grao hacía en ese mismo periódico ese día este comentario:

“El rey Alfonso XIII, al despedirse de nuestra primera autoridad, se ha manifestado satisfecho por el recibimiento que le ha dispensado nuestro pueblo. Los que militamos en campo político distinto al del actual régimen nos sentimos también satisfechos y orgullosos de la actitud manifestada, con la hidalguía que caracteriza al pueblo español. Y esta vez no fue necesario adoptar precauciones, de proceder a registros domiciliarios ni a detenciones preventivas...”

Unos meses después, el 10 de noviembre, con Primo de Rivera al frente del Directorio Militar, vino de nuevo el monarca a inaugurar en Cartagena el monumento a los Héroes de Cavite, pasando por La Unión camino del aeródromo de Los Alcázares. Fueron recibidos en la plaza Los Benzales por el alcalde Pedro Ros Manzanares (padre de Antonio Ros) y toda la corporación municipal. El primer regidor invitó al monarca a visitar el municipio cuando regresara del Aeródromo, por lo que con un bando invitaron al pueblo a participar en un recibimiento del monarca, colgando en los balcones banderas. Sobre las tres de la tarde el Rey hacía entrada en el municipio de La Unión por la calle Morriones. En 1945 Juan Sánchez Perelló (Cronista Oficial de La Unión) recordaba así el momento:

“(...) se podía ver enormes filas de gente... El coche avanzaba muy despacio y de entre los espectadores, se acercó al coche del monarca una anciana llamada Juana Ballester, que le hizo entrega de un ramo de flores, ramo que su majestad aceptó amablemente y le dio las gracias diciéndole, gracias abuelita. La regia comitiva continuó calle hacia arriba adentrándose en la calle Méndez Núñez y girando a la calle

¹⁹ *La Tierra*, 23-3-23.

Mayor, fue allí donde el fotógrafo unionense Francisco Avilés, conocido artísticamente como Seliva, immortalizó la estampa allí vivida en una de sus fotos, foto que al parecer es el único documento gráfico que puede corroborar lo contado en este artículo. La fotografía original de la que se menciona, fue la utilizada para la prensa de la época. La calle Mayor de La Unión estaba abarrotada de ciudadanos del municipio, pues la gran mayoría de los comercios y establecimientos cerraron para recibir al monarca, había quien decía que muchos de los empresarios de las fundiciones y minas, dieron día libre a sus trabajadores para que asistieran al evento histórico. La Banda de Música de La Cruz Roja interpretó el Himno nacional (Marcha Real), los balcones estaban llenos de gente, las terrazas, hasta incluso en algunos tejados.

Como el coche del rey era descapotable, D. Alfonso XIII, en pie saludaba con la mano levantada a los ciudadanos... El coche siguió su marcha hasta volver a hacer un alto, frente al Asilo de Huérfanas de mineros, también en la calle Mayor. El Rey Alfonso XIII, quiso bajar para saludar de cerca de las hermanas del Asilo, pero el ministro que le acompañaba se lo impidió, entonces fueron las monjas quienes se acercaron al vehículo y saludaron al Rey. Al final de la calle Mayor, las Autoridades municipales de La Unión despidieron al monarca y dieron las gracias por su atención al pueblo minero y la caravana de vehículos regresaba a Cartagena.”

En los años 20, antes del crack del 29, el desempleo en la comarca alcanzaba ya el 75% y las condiciones laborales se habían endurecido más todavía, haciéndose jornadas de 12 horas a cambio de un sueldo escasísimo en un contexto de fuerte alza de precios de los productos básicos. En 1922 los obreros reaccionan, uniéndose en el *Sindicato Único de Mineros*, pero la desunión en el movimiento obrero local es un hecho. La llegada al poder de Primo de Rivera en 1923 define un cambio político: las relaciones sociales están marcadas por el intervencionismo de la Dictadura, que regula las relaciones laborales con la creación del *Instituto Nacional de Previsión*, que tuvo la virtud de abrir una vía legislativa positiva que se consolidó en la Segunda República y el Franquismo.

En los años 20 la minería de la comarca se centraba sobre todo en la producción de plomo, conociéndose una cierta etapa de prosperidad

hasta 1927, momento en el que comenzaron a caer los precios y algunas explotaciones dejaron de ser rentables con las condiciones técnicas que en ese momento existían: era urgente modernizar el sector y con esa intención se constituyó en 1928 el *Consortio del Plomo*, siendo lo más interesante el decreto que obligaba a consumir mineral nacional a las empresas asentadas en España a unos precios fijados por el Gobierno. Fue el triunfo de las teorías de José Maestre y las nuevas elites de poder de la comarca, que no pudieron impedir el hundimiento del municipio.

Uno de los mejores conocedores de La Unión de los años 20 fue Andrés Cegarra Salcedo, hermano de la afamada poetisa, perito químico y profesora, y de los también notables unionenses Pepita y Ginés. Andrés, maestro y joven poeta, fundó a pesar de su maltrecha salud la *Editorial Levante*, joya de la literatura nacional, donde se publicaron grandes trabajos poéticos y agudas reflexiones sobre el pasado, el presente y el futuro de La Unión: conocedores de la obra de Mariano Grao y contemporáneos de Antonio Ros, María y Andrés conocen en los años 20 a Carmen Conde y Antonio Oliver y hacen de la Sierra Minera un punto neurálgico de la cultura de la región levantina.

Compañeros de viaje literario son los también unionenses Pedro García Valdés y Juan Pujol; Luis Gil de Vicario, José María Ibáñez, Luis Carrasco, Muñoz Palao, Antonio Martínez Tomás, Francisco Martínez Corbalán, Martín Perea Romero, Cánovas y Coutiño, Enrique Jaén, Luis Orts, Alonso Martínez Martínez, Luis Barnés y Raimundo de los Reyes, el todopoderoso director de *Verso y Prosa*, suplemento literario del diario *La Verdad*.

Pero quizás su mayor aportación al conocimiento histórico de su ciudad natal, donde murió prematuramente, ha sido la más desconocida: el estudio de la economía local y la crisis minera, en una obra literaria, *La fiesta del taller*; y un brillante ensayo, *La Unión, ciudad minera*, obras que sin duda conoció y sirvieron de inspiración a Miguel Hernández para realizar su obra teatral *Hijos de la Piedra*. Cegarra opina que la crisis de los años 20 era una depresión crónica y estructural, provocada por la deficiente explotación de la cuenca minera, agravada por los siguientes factores:

-Los efectos de la Guerra Mundial, que contrajo y enrareció el mercado local. Paulatina disminución de los precios.

-Mala calidad de maquinaria y materias primas. Los problemas de los monopolios de explosivos y otros productos.

-Los arriendos y subarriendos.

-La antigüedad del sistema productivo.

-Las deficientes vías de comunicación.

-La explotación de los obreros.

-La carencia de una industria complementaria.

-Los gravámenes impositivos (canon de superficie y tres por ciento del producto bruto).

Nada pudo frenar la crisis demográfica de La Unión entre 1927 y la Guerra Civil, siendo el unionense un municipio que entre 1940 y 1960 ha tenido una población situada entre los 10000 y 11000 habitantes. Sin embargo, podemos decir que la mayoría de su población emigrante lo fue hacia destinos regionales o nacionales. La lenta sangría fue así anticipada por Mariano Grao:

“Sigue la despoblación. Anteayer salió del puerto de Cartagena un barco rumbo a Barcelona. En su mayoría son familias unionenses. Huyen de aquí porque la vida se les hace imposible, porque cada día presenta peor aspecto esta zona minera... nosotros creemos que nuestra sierra volverá a ser tierra de promisión para la clase obrera, pero antes de eso ha de pasar durísimas pruebas, como son la ruina y la casi total despoblación de una gran parte de su caserío, pues ya hay casas dismanteladas, sin techumbres, puertas ni ventanas, convertidas en solares...²⁰”

No se recuperó el ritmo demográfico hasta las décadas finales del siglo XX, siendo la población actual cercana a los 20000 habitantes.

4. La esperanza republicana y la Guerra Civil

Tras la crisis del 29, que contrajo sobremanera el mercado exportador de minerales, el desempleo y la miseria se instalan en la cuenca minera,

²⁰ *La Tierra*, 1-8-18.

controlada en gran parte por la empresa *Sociedad Minero Metalúrgica Zapata Portmán* y su socia, la empresa *Peñarroya*, que comenzaron a planificar el futuro de la bahía de Portmán.

Tras la proclamación de la Segunda República en abril de 1931 las autoridades locales hacen múltiples llamamientos a los nuevos próceres republicanos para que ejecuten inversiones en la zona: pronto se aprueba, a iniciativa de los todopoderosos unionenses Santos Martínez (secretario personal del presidente Azaña) y Antonio Ros ayudas al sector minero, la construcción del camino del 33 y la inauguración de las nuevas escuelas graduadas, iniciativas bien encaminadas y encuadradas en el espíritu reformista del nuevo tiempo, pero sin duda insuficientes para atajar los males endémicos de la economía unionense, demasiado dependiente de la actividad minera, de los poderes políticos y económicos de Cartagena y de las políticas partidistas de la ya todopoderosa empresa *Peñarroya*, que concentraba cada vez más poder y sociedades mineras, en un contexto de desaparición de competencia por el vencimiento en 1933 de 400 concesiones mineras.

La experiencia republicana había despertado una gran ilusión en el municipio de La Unión, de gran tradición progresista desde la época del Sexenio Democrático y el Cantón, existiendo un importante grupo republicano entre los que destacaban los partidarios de Castelar, posibilistas que aceptaron integrarse durante la Restauración en el Partido Liberal, encabezados por Pedro Ros Manzanares; y los federalistas, bien relacionados con el anarquismo en la cuenca minera, cuya más importante figura fue el escritor y pensador Mariano Grao, fallecido unos años antes de la proclamación del 31, pero que sembró la semilla literaria en casa de los Cegarra y la política en casa de los Ros, donde el propio hermano del alcalde Pedro Ros, el maestro Paco, y el hijo de aquel, Antonio, van conformando un grupo político que acabó militando en el Partido Radical Socialista de Marcelino Domingo y Álvaro de Albornoz; manteniendo una gran afinidad de facto con los representantes del partido de Azaña, Acción Republicana, encabezado en la ciudad por Santos Martínez Saura.

Santos Martínez, la figura política más relevante nacida en La Unión, marchó a Madrid en los años 20 para estudiar, compartiendo piso con su amigo Antonio Ros. Juntos se integraron en los grupos

políticos republicanos que conspiraban contra el general Miguel Primo de Rivera, lo cual le acarreó una breve estancia de prisión y destierro. Su relación con Manuel Azaña y con otros notables personajes de su tiempo como Luis Belló, Federico García Lorca, Cipriano Rivas Cherif, Ramón del Valle-Inclán y Juan Negrín, le llevó a participar como representante de la Federación Universitaria Escolar (FUE) en el Pacto de San Sebastián.

Una vez proclamada la República se mantuvo en un discreto segundo plano, formando parte del círculo de confianza de Azaña en sus diferentes vicisitudes políticas como ministro, presidente del gobierno y jefe del estado, formando una terna de asesores personales con Cipriano Rivas Cherif y el poeta Juan José Domenchina. Martínez Saura acompañó al Presidente en los momentos difíciles, en la derrota, el exilio y la muerte. Exilado en México en diciembre de 1939, presidió el Centro Republicano Español, alternando su actividad política con la literaria y crítica, colaborando en importantes diarios y revistas hasta poco antes de su muerte, sin poder regresar a su localidad de nacimiento, de la que salió muy pronto, pero a la que dedicó grandes esfuerzos, especialmente en el terreno de las ayudas en pro de la minería, la construcción del camino del año 33 y la puesta en marcha de las nuevas Escuelas Graduadas que llevaron el nombre del ministro de Instrucción Pública que las inauguró en 1932, Marcelino Domingo (seguramente el dirigente político nacional que más veces visitó La Unión, la primera vez en 1917). Con motivo de la visita de éste a la región un par de meses antes de la inauguración, Antonio Ros se dirigió a él (a pesar de que su acta de concejal era por Cartagena) representando a La Unión, un pueblo que aspiraba según sus palabras a “elevarse a la máxima categoría ciudadana” (es decir, obtener el favor de los nuevos gobernantes) por estos motivos:

“(…) porque un caciquismo avasallador ha ahogado constantemente sus alientos... cuando el sin trabajo abandonaba esa mañana del 12 de abril su hogar dejándose en él el grito desgarrador de una mujer y los lloros de unos hijos que le tendían los brazos pidiéndole un pedacico de pan, que no podía darles, el obrero tuvo el gesto santo de rechazar el duro que el cacique le ofrecía como precio al voto...²¹

21 Publicado en *Justicia* el 5-1-32.

Dos días antes de pronunciarse esas palabras, otro unionense, Francisco Zapata, dirigía a través del diario *Cartagena Nueva* una dramática carta al Presidente de la República: con el título “En defensa de nuestra riqueza minera”, expresaba así los problemas de la localidad:

“El que suscribe, Francisco Zapata, minero con domicilio en El Estrecho de San Ginés, respetuosamente le expone:

(...) he de manifestar a usted, en nombre de tantos desdichados que padecemos los despiadados rigores de la crisis de trabajo que nos ha sumido en un estado de pobreza incalculable; no es la primera vez que las bruscas bajas de los precios de los minerales han provocado situaciones semejantes... esto indica bien a las claras la necesidad de la acción urgente del Estado en la cuenca minera... de tomar rápidas medidas que frenen tantos atropellos que padece la industria minera. Es irrisorio que un país considerado mineralógicamente el más rico de Europa dependa de las voluntades de las potencias extranjeras... Se impone, por tanto, el desarrollo de una política minera nacional que examine las causas de esa crisis...”

De la dinámica política, marcada sin duda por los problemas socioeconómicos arriba apuntados, diremos que tras conocerse los resultados electorales a nivel local, el 21 de abril de 1931 se constituía el nuevo ayuntamiento, formado por 14 concejales y una mayoría republicana (apoyada en La Unión por el periódico *La Voz del Pueblo*) encabezada por el nuevo alcalde, Juan Sánchez Blaya, del partido y la órbita política de Antonio Ros (residente desde 1929 en Cartagena, donde fue elegido concejal, médico oftalmólogo y diputado provincial de gran influencia en los círculos políticos de Madrid). En la oposición conservadora se sitúa el círculo político tradicional de la familia Maestre (que contaban con el periódico *El Pichi*) y el Partido Radical representado por Martínez Moya²².

Eran tiempos de entusiasmo y exaltación republicana, tomando el relevo en la política local una nueva generación que buscaba ahora puntos de referencia en los que basar su estrategia, por lo que no

22 Olmos Sánchez, Isabel: *La ciudad de La Unión durante la Segunda República (1931-1939)*. Murcia, 1997. Pp. 47 y ss.

olvidaron a quien durante años les había formado en el reformismo y el ideal republicano, el maestro Mariano Grao, *Calahonda*, quien en sus reflexiones y sus escritos había trazado un camino de esperanza para La Unión. El día 2 de mayo de 1931, a los pocos días de ser proclamada la República, se organizó un gran homenaje público: la calle Mayor amaneció engalanada como en día de fiesta, las banderas tricolor ondeaban al viento y sonaba el himno de Riego interpretado por la banda de música. Una gran manifestación de unas 9000 personas, encabezadas por el alcalde Juan Sánchez Blaya y los concejales Francisco Bernabé, Mariano García Sánchez, José Gil Ballesta, Antonio Fernández y Pedro Heredia se dirigió al cementerio. Allí uno de los cientos de obreros a los que él había formado en el *Centro Republicano*, Marcos Sánchez Picazo, se dirigió a los allí presentes para demandar una nueva política basada en la justicia social y la libertad. Luego se desplazaron al barrio de La Torrecica, donde se desplegó un enorme mural con una imagen que simbolizaba la libertad, mientras la banda de música tocaba *La Marsellesa*; luego en la sociedad *La Protectora*²³ en El Garbanzal se desplegó una gran bandera republicana. Por la tarde se realizó un nuevo acto, cambiándose la denominación de la calle Mayor, desde ese día de Alcalá Zamora; y la calle Real, que se llamó de la República.

Tras la intervención de los ayuntamientos, en 1934 fue elegido alcalde del nuevo consistorio de mayoría corporativa Francisco Jiménez Soto y primer teniente de alcalde Antonio Bayona Martínez, que centraron el eje de su gobierno en la superación del problema minero, la buena administración y el control exhaustivo del mercadeo. Igual que en la primera etapa se confiaba en el buen hacer en Madrid de Antonio Ros y Santos Martínez, pero ahora el que controlaba los destinos de los unionenses era de nuevo el ahora diputado cedista Tomás Maestre Zapata. Francisco Jiménez, incapaz de ofrecer luz en el largo túnel de la crisis minera, presentó su dimisión a comienzos de 1935, ocupando el poder Antonio Bayona, que gobernó de forma provisional en medio de un contexto nacional y local crispado, sucediéndose las convocatorias públicas en pro del regreso de la corporación elegida democráticamente y la amnistía para los presos de octubre de 1934.

23 Sociedad asistencial de obreros que había sucedido a la histórica llamada *La Fraternidad*.

Pronto los nuevos próceres pudieron trazar las líneas maestras de la política que había que desarrollar en el municipio para atajar o paliar la crisis minera:

-Mejorar la economía municipal.

-Adquisición definitiva de edificio para el Ayuntamiento, pues el de la calle Bailén estaba en ruinas, desplazándose en los años 20 la mayoría de la actividad al edificio de la calle Victoria nº 7 en arriendo, siendo comprado en 1933 para su puesta en valor definitiva. De esta forma, a pesar de los problemas económicos de aquel tiempo, el ayuntamiento poseía un número considerable de inmuebles en propiedad: matadero, hospitalillo, solar del ayuntamiento viejo, plaza del mercado, solar del antiguo cementerio, tres casetas sanitarias, cementerio de la ciudad y el de Portmán, Cocina Económica, Hospital de Caridad, Cárcel de Partido y algunas pequeñas parcelas urbanas.

-Reajuste de los servicios municipales.

-El arreglo de las comunicaciones: el tren con Cartagena, las vías urbanas, los caminos y el tránsito por la ciudad del autobús Cartagena-Alicante, el luego célebre *Costa Azul*.

-Mejorar las relaciones con Cartagena a través de los buenos oficios del oftalmólogo y concejal Antonio Ros.

-Solucionar los problemas del sistema de atención y beneficencia, especialmente del Hospital, la Cruz Roja, la Cocina Económica y la Tienda Asilo. Atajar las epidemias que asolaban la ciudad, especialmente el cólera en El Garbanzal.

-Atajar la delincuencia, especialmente los robos de plomo y los hurtos de los pequeños rateros.

-Acabar con el comercio ilegal de minerales. Para ello se aprobó una ordenanza municipal que prohibía el tránsito de mercancías a partir de las 9 de la noche.

-Crear una biblioteca pública y mejorar la calidad de la enseñanza.

Pero quizás la obra más importante de la etapa republicana en La Unión, como en toda España, fue la de tipo intelectual y educativo. Una nueva generación de intelectuales, surgida al calor de los movimientos literarios de vanguardia de los años 20, se aprestaba ahora a liderar este movimiento, cuyo principal objetivo, dentro del más puro estilo

de las *Misiones Pedagógicas*, era acercar más la cultura al pueblo, participando en las actividades que la Universidad Popular y el Ateneo organizaban en la vecina ciudad de Cartagena.

La presencia de la familia Cegarra y las continuas visitas a su casa de Carmen Conde, Antonio Oliver y Miguel Hernández hacían enriquecer los proyectos que unos años antes gestase el malogrado Andrés Cegarra. El encuentro de 1932 en Orihuela fue el punto de partida para la gestación de un movimiento global, eran los llamados *poetas levantinos*, que llevaron su alegría y su juventud por los pueblos representando obras teatrales y llenando de libros las bibliotecas.

De aquella generación hemos de destacar las visitas de Miguel Hernández, en aquel tiempo aprendiz de poeta y soñador de un mejor mañana para España. La relación más sentida de Miguel Hernández con la Región de Murcia fue la mantenida con María Cegarra, que decía de Miguel en una carta enviada a Ramón Pérez:

“Mi amistad con Miguel Hernández fue breve; apenas iniciada terminó la guerra, y ya no nos vimos más. Conservo de él el grato recuerdo de su inteligencia y bondad, unido a su calidad poética incomparable²⁴.”

Miguel Hernández conoció a María Cegarra el 2 de octubre de 1932 en Orihuela con ocasión de la inauguración del busto de Gabriel Miró en la Glorieta. La casualidad del incidente entre Ernesto Giménez Caballero y Antonio Oliver propició este encuentro. Al acto de Orihuela había sido invitado Azorín, pero no contestó a la invitación ni fue al acto. Le sustituyó Ernesto Giménez Caballero, quien en su discurso comentó de forma irónica refiriéndose a los conservadores: “(...) nosotros los que hemos traído la República (...)”

Y Antonio Oliver, en medio de un gran nerviosismo, le increpó acusándole de mentiroso. Ante este hecho intervinieron los servicios de seguridad, que llevaron detenido a Antonio Oliver. Mientras tanto, Carmen Conde y María Cegarra permanecieron en la cafetería del hotel Palace, donde también acudió Miguel Hernández, que entregó a

24 Carta enviada el 5 de marzo de 1980.

Carmen Conde el texto autógrafa de *Perito en Lunas*, que ya estaba en imprenta aunque no saldría hasta el año 1933. La vinculación de Miguel Hernández con Cartagena y María Cegarra se hace muy intensa desde aquel momento.

Carmen Conde describía a Miguel como íntimo amigo y compañero de ellos y de María Cegarra²⁵. Es muy importante destacar la relación de amistad y correspondencia mantenida desde 1933 a 1935 entre Miguel y María, pues existen unas cartas, poco conocidas a nivel nacional y que ella nunca quiso sacar a la luz:

“Esas cartas que son para mí un gran tesoro, por razones muy particulares decidí que no fuesen del dominio público. Nada nuevo aportarían a la vida de Miguel, y sí sería yo quien adquiriría una popularidad que detesto²⁶.”

Se conservan igualmente varias cartas en las que Miguel se queja a Carmen Conde y a Antonio Oliver de que escribe a María y que ésta no le contesta²⁷. En ocasiones María Cegarra insiste en que Miguel le gustaba como poeta pero no como hombre, pues lo consideraba algo tosco. A partir de 1935 la amistad entre ambos se alejó y, en conversaciones con Ramón Pérez, María insistía en no querer publicar su correspondencia porque Miguel Hernández era un hombre casado. A pesar de la indiferencia, sin duda provocada por las profundas creencias religiosas y la estricta educación de María, en su obra poética es evidente la presencia de Miguel Hernández:

“Llegó a la costa, de tierra adentro,
y parecía desembarcado de una lancha de pescadores,
remero de aguas y vientos,
bravamente curtida la piel,

25 Conde, Carmen: “Antonio Oliver Belmás y la Universidad Popular de Cartagena”, en *Nueva Historia*, año III, Nº 26. Madrid, 1979.

26 Carta de María Cegarra a Ramón Pérez el 28 de enero de 1979, conservada en la colección particular de éste.

27 Ver imagen de María en el apartado fotográfico denominado *Cultura Republicana*, en su figura 19.

alucinada la mirada verde blanquinosa brillante,
apóstol de luces submarinas.
Sabía izar el color de los limoneros,
en sus melodías oxidadas,
y anclar al cielo -él mástil- las anchuras ocres de los campos.
No tuvo nada que hacer el sol en su frente, ni el mar en sus sueños”²⁸.

Por su parte, advertimos la aproximación de Miguel a María en la dedicatoria de uno de los poemas de éste:

“Para mi queridísima María Cegarra con todo el fervor de su Miguel Hernández²⁹.”

También se puede resumir la relación entre los dos en la carta que Miguel escribe a María:

“No puedes imaginarte cuánto he pensado en tu persona desde nuestro encuentro en tu pueblo. Qué poco nos hemos tratado ¿no te parece? Te conocí de pronto en Orihuela, te hablé unos momentos, te vi en Cartagena otros instantes y por fin este agosto pasado, inolvidable para mí los que estuve por esas tierras, logré hablarte durante varias horas. ¿Por qué no nos vemos con más constancia? Sólo me queda de tu compañía tu libro y dos mendrugos de mineral. Nada más, aunque no es poco.

(...) El otro día quité de la solapa de mi chaqueta aquel nardo que me regalaste. María ha llegado conmigo hasta Madrid: no debió mustiarse nunca³⁰.”

La investigadora Belén Pardo sostiene, basándose en la correspondencia publicada de Miguel Hernández, que *El rayo que no*

28 Fragmento de un poema publicado en la página 30 de *Cristales Míos*, libro publicado en vida de Miguel, en 1935. Fue uno de los últimos trabajos aparecidos en la Editorial Levante.

29 Poema publicado en el diario alicantino *Informaciones* el 26 de marzo de 1978.

30 Según señala Belén Pardo Cifuentes en el artículo citado en la nota 11.

cesa está dedicado a María Cegarra y no a Josefina Manresa. Según la correspondencia publicada del escritor oriolano, está demostrado que en julio de 1935 Miguel estaba enfadado con Josefina y le dice que posiblemente no vaya en verano a Orihuela. Miguel, por las mismas fechas escribe a Carmen Conde y a Antonio Oliver para que le inviten a Cartagena y estar con ellos y con María Cegarra. El poema de María Cegarra “Presencia de Miguel”, da mayor certeza a esta teoría:

“Nadie
 -ni antes ni después de ti-
 supo, sabe
 pronunciar mi nombre.
 A tus llamadas me encontré.
 Sin moverme acudía.
 Entonces de mí supe
 la belleza de las cálidas letras
 que me envuelven y acompañan.
 Entonces vinieron a mi mundo
 sueños, ilusiones, esperanzas.
 Entonces nacía “el rayo que no cesa”.
 Y mis pequeños poemas, tristes, asustados.
 Entonces...
 Te recuerdo en mi nombre
 -aprendido de ti-
 que conmigo, inseparable, llevo.
 Inconsumible, ingrátido.
 Sin muerte y sin dolor”³¹.

De la relación con Miguel Hernández y del libro *El Rayo que no cesa* contó en 1983 la escritora lo siguiente:

“(...) Bueno, fue una relación muy breve la que tuvimos, allá por el año 35. Miguel venía por aquí y simpatizamos. Cuando hizo *El Rayo*

³¹ Publicado en la revista de poesía *Tránsito*, en su número 1979-b, el día 8 de febrero de 1980.

que no cesa me traía los primeros versos de lo que luego ha sido un libro, y me los dedicó a mí... Después se fue a Madrid y desde allí me mandó algunas cartas... yo le puse un nardo en la solapa... y me escribía desde Madrid diciendo: “Todavía me dura el nardo, ojalá no se seque nunca”... No he querido que se sepa, que saliera yo con este romance antiguo para aprovecharme³².”

Y sobre los motivos del definitivo alejamiento espiritual de María, ideológicos y de pura conciencia, hacía esta reflexión:

Después vino la Guerra y yo me disgusté mucho, porque le vi diciendo versos exaltando a los soldados...”

Pero en La Unión, al tiempo que los poetas del 27 desgranaban sus versos y compartían sus vivencias, se mantenía vivo y vigente el canto de las minas, y lucía en todo su esplendor el trovo del más grande de los repentizadores, José Marín, no nacido en La Unión, pero forjado en cuerpo y alma por el espíritu de la mina, líder de la generación más brillante que ha dado el trovo, pues fue contemporáneo de Manuel García Tortosa, *el Minero*; Gregorio Madrid, Leandro Bernal y José Castillo, genios a la hora de versificar al compás de la guitarra.

En 1936 la vida del trovero Marín se apagó y la cultura se desarrolló a un ritmo diferente: destruida la Universidad Popular de Cartagena, separados los poetas por el obligado posicionamiento político y los rigores de la Guerra, se impone una literatura ideologizada, momento en el que surge en el ámbito local un unionense, Ramón Perelló, afamado compositor de letras musicales en la escena madrileña (había compuesto en los años 30 temas tan conocidos como “La bien pagá”, “Échale guindas al pavo”, “Falsa monea” y la banda sonora del exitoso filme *Morena Clara*), que recaló durante la Guerra en Cartagena, donde colabora con el periódico *Cartagena Nueva*, órgano de la Federación Comarcal de Sindicatos Únicos, escribiendo artículos de carácter incendiario contra las autoridades franquistas.

32 Esta entrevista fue publicada en la página 37 del libro de José García Martínez *Gente de Murcia*, publicado por la Editora Regional en Murcia en 1983.

Durante la Guerra Civil la influencia política de Antonio Ros y Santos Martínez fue disminuyendo, dejando paso, como en toda la zona republicana, a unas nuevas autoridades que no impidieron con la energía necesaria los ajustes de cuentas y saqueos que se practicaban por milicianos de las formaciones y sindicatos obreros, conociéndose además destrucciones de imágenes y símbolos religiosos, entre los que destacaba una imagen de Santa Florentina atribuida a Salzillo. El comienzo de la Guerra incrementó el abandono de las explotaciones mineras, llegando un punto en el que los propios trabajadores de las minas, asesorados por las formaciones políticas de izquierdas, tomaron las riendas del trabajo, ocupando fábricas y minas, aprovechando un momento de incremento de los precios de los minerales a nivel internacional.

5. La Unión: del Franquismo a la democracia

La Unión había sido durante la Guerra una zona de refugio y retaguardia para cientos de familias y políticos que huían de los bombardeos. Mientras las baterías de costa de Portmán cumplían su papel en el complejo defensivo de la base naval, en La Unión los poderes políticos del Frente Popular, con mayoría de la CNT, realizaban una política de ajuste de cuentas e incautaciones que tuvo luego su réplica represiva en la década de los 40, tiempo de revancha y persecución política: Antonio Ros, Santos Martínez y los hermanos Sánchez Blaya parten hacia el exilio mexicano y Ramón Perelló, tras un tiempo de cárcel y ostracismo, se instala en Madrid para triunfar con sus coplas y sus letras hechas para Antonio Molina y las grandes figuras del cante del Franquismo.

Es el momento en el que la actividad minera se concentra en Portmán, siendo compatible hasta los años 70 con una modesta actividad turística tradicional. Al principio las labores comenzaron con 20 pequeñas explotaciones mineras, pero en 1947 Peñarroya compra su paquete accionario a la familia Maestre, poniendo en marcha en 1953 el lavadero *Roberto*, que trataba en sus mejores momentos 8000 toneladas diarias de plomo, cinz, plata, hierro y azufre.

Los años del Franquismo y los primeros momentos de la Transición Democrática están marcados por el protagonismo de Juan Barrionuevo y Esteban Bernal en política; Antonio Fernández, Pencho

Cros, Niño Vicente y los Piñana en el mundo del cante; Francisco Hernández Cop, Francisco Conesa y Pedro Ginés Celdrán en el arte; Tito Conesa, Tomás López Castelo y Pascual García Mateos como periodistas; y en la medicina el médico y humanista Enrique Viviente. Son nombres propios que han marcado el devenir de La Unión en los últimos años, donde destaca en el mundo de la cultura, junto a la eterna María Cegarra, Asensio Sáez, nacido en 1923. Estudió magisterio en Murcia y ejerció la docencia durante 40 años. Su primer libro se publicó en 1950, fue el poemario *Cuatro Esquinas*, al que siguieron otros 35 y más de 3000 artículos en los periódicos *ABC*, *Ya*, *Blanco y Negro*, *Triunfo*, *La Verdad*, *Línea* y *La Opinión*.



Festival Internacional del Cante de las Minas

Ha sido el gran impulsor de la cultura en su ciudad, especialmente del flamenco y de la creación del Festival Internacional del Cante de las Minas, que nace en 1961 como iniciativa de Asensio y un grupo de intelectuales y amigos que se reunían en el bar *Minero* y en la carnicería *Sánchez*, advirtiendo que los nuevos usos estéticos (especialmente la rumba) podían arrinconar el cante flamenco. El momento clave fue

durante la presencia en la ciudad de Juanito Valderrama, que hizo tras su actuación expresión pública de esa pérdida de pureza en los cantes: el alcalde Esteban Bernal, Pedro Pedreño y Asensio fueron los que recogieron el testigo, poniendo en marcha su primera edición, celebrada en la terraza *Argüelles* ese mismo mes de octubre, siendo su primera gran figura triunfadora el mítico Antonio Piñana.

Asensio Sáez se definió a sí mismo como “más que un pintor que escribe, soy un escritor que pinta”. Pedro Soler y Eduardo López lo califican así como artista:

Este hombre de extraordinarias vivencias estéticas, de sensibilidades íntimas de admirable recuerdo, se escapa, por expresarlo de algún modo coloquial, de la norma más usual para instalarse en los espacios sin límite y sin techo del mundo de la belleza escrita y de las formas cromáticas en una imaginación inmensurable³³.

Todas estas señas identitarias del municipio unionense, que lo han hecho universal, no pueden ocultar la paulatina decadencia de una tierra demasiado ligada a la actividad minera: en los años de la posguerra la empresa *Peñarroya*, con altas dosis de polémica, se va haciendo con el control de la mayor parte de la actividad minera, coincidiendo con el incremento de la demanda de los países contendientes en la Segunda Guerra Mundial y la aparición de nuevas técnicas extractivas y de tratamiento de los metales: es el momento de la aparición de las gigantescas minas al descubierto (la *Emilia* es su mayor exponente) y del famoso lavadero *Roberto* en Portmán, que fue anegando con sus vertidos durante más de 40 años la bahía famosa otrora por su pujanza en el Imperio Romano, anulando la incipiente actividad turística del lugar.

En los años 80, llegada ya la democracia, el descenso de las cotizaciones de los metales, el agotamiento de los filones y la activa campaña medioambiental de asociaciones como *Greenpeace* condicionaron el fin de la actividad minera y el cierre de la gran explotación de *Peñarroya* en marzo de 1990, dejando el desastroso balance de 8 kilómetros cuadrados de aterramiento en la bahía. Tras fracasar los intentos de abrir nuevas explotaciones en localidades

33 Soler, Pedro y López Pascual, E.: *Líderes murcianos del siglo XX*. Murcia, 2001.

cercanas, la minería pasó a la historia, abriéndose en nuestros días una larga fase de recuperación de los espacios anegados y puesta en valor de la explotación turística, terreno éste de gran futuro si tenemos en cuenta la existencia de una costa de gran interés paisajístico, restos históricos de todas las épocas, museos y manifestaciones artísticas y religiosas de alto interés internacional, como es el Festival Internacional del Cante de las Minas.

Las administraciones públicas y algunos importantes colectivos, entre los que destaca la fundación *Sierra Minera*, están recuperando algunas de las explotaciones mineras (destaca en este sentido la *Agrupación Vicenta*) y trazando increíbles itinerarios que recorren caminos mineros, vías romanas y minas abandonadas, lo cual parece ser el futuro de una tierra llena de encantos, descrita así por Asensio Sáez:

“(...) Montes, cabezos y oteros de laderas suaves, redondeadas. Sierra de Cartagena, en cadena que festonea el Mediterráneo. Tierra desnuda de verdes, de corteza reseca, bajo un cielo rabiosamente limpio, a veces sin la presencia de una sola pincelada de nube que pueble y dulcifique las soledades infinitas del azul (...)”

Bibliografía

- Abraham López, José Luis: “La Editorial Levante: un proyecto cultural nacido en La Unión”, en *Cartagena Histórica*, nº 16. Cartagena, 2006.
- Alonso, Serafín: *El Cante de las Minas*, Murcia, 1970.
- Ballester, José: “Esplendor y ruina de La Unión”, en *La Verdad de Murcia*, 2-2-58.
- Belmonte Serrano, José: “Asensio Sáez, de la mina a la huerta”, en *Línea*, 26-12-82.
- Botella y Hornos, Federico: *Descripción geológica y minera de las provincias de Murcia y Albacete*. Madrid, 1868.
- Calvo Hernando, Manuel: “Nueva California”, en *Ya*, 11-10-57.
- Cañavate Navarro, Eduardo: *La minería en Cartagena*. Cartagena, 1971.
- Cegarra Salcedo, Andrés: *La Unión, ciudad minera*. Cartagena, 1920.
- Conde Abellán, Carmen: “Recado a Asensio Sáez en La Unión”, en *La Verdad*, 5-8-66.

- Delgado, Santiago: *Literatura en la Región de Murcia*. Murcia, 1998. *Parte de Asensio Sáez*, en *La Verdad*, 13-7-80.
- Díez de Revenga, Francisco Javier: *Literatura Murciana del siglo XX, balance apresurado*. Murcia, 1980.
- Díez de Revenga, Francisco Javier y De Paco, Mariano: *Historia de la Literatura Murciana*. Murcia, 1989.
- Egea Bruno, Pedro María: “El movimiento obrero en la sierra minera de Cartagena (1875-1923)”, en *Anales de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia*, nº 5. Murcia, 1986. *El distrito minero de Cartagena en torno a la Primera Guerra Mundial (1909-1923)*. Murcia, 1986.
- Egea Bruno, Pedro María y Vilar Ramírez, Juan Bautista: *La minería murciana contemporánea (1840-1930)*. Murcia, 1985.
- Egea Bruno, Pedro María, Victoria Moreno, Diego y Vilar Ramírez, Juan Bautista: *El movimiento obrero en el distrito minero de Cartagena-La Unión (1840-1930)*. Murcia, 1987.
- Franco Fernández, Francisco José: *Cartagena, 1931-1936. Los años de la esperanza*. Cartagena, 2002. *República, Guerra y Exilio. Antonio Ros y la Generación del 27*. Cartagena, 2006. *Miguel Hernández y Cartagena*. Coordinador. Orihuela, 2015.
- García, Génesis: *Cante flamenco, cante minero, una interpretación socio-cultural*. Madrid, 1993.
- García Mateos, Pascual: “La literatura de Asensio Sáez”, en *La Verdad*, 22-10-73.
- Haro Hernández, José: *La Unión: del plomo a la especulación*, en *Cartagena Histórica*, nº 11. Cartagena, 2006.
- Legaz Martínez, Francisco: “El nacimiento de un municipio: La Unión”, en *Cartagena Histórica* nº 10. Cartagena, 2005.
- Lorenzo Solano, J. A.: *Portmán*. Murcia, 1986. *Biografía de José Maestre Pérez (1866-1933)*. Cartagena, 1989.
- Molina, Manuel: *Libro de La Unión*. Alicante, 1966.
- Muñoz Barberán, Manuel: “La Unión, realidad”, en *La Verdad*, 22-8-76.
- Olmos Sánchez, Isabel: *La ciudad de La Unión durante la Segunda República (1931-1939)*. Murcia, 1997.
- Parra, Antonio: “Asensio Sáez, memoria de La Unión”, en *Lean*, 7-9-84.
- Pérez Rojas, Francisco Javier: *Cartagena, 1874-1936*. Cartagena, 1986.
- Prego De Lis, Augusto: “Miguel Zapata, el Tío Lobo”, en *Cartagena Histórica*, nº 5. Cartagena, 2005.

- Ródenas Rozas, Francisco: *El proceso de transformación espacial de La Unión (1840-1960)*. Tesis doctoral. Universidad de Murcia, 1986.
- Yo, el Mercado*, La Unión, 1991.
- Ródenas Rozas, Francisco y Mouzo, Rogelio: *La Semana Santa Minera, historia de los desfiles pasionales de La Unión*. La Unión, 1998.
- Roca Dorda, Joaquín y Muelas, Mariano: *La Unión en el recuerdo*. La Unión, 2000.
- Soler, Pedro y López Pascual, Eduardo: *Líderes murcianos del siglo XX*. Murcia, 2001.
- Tornel, Cayetano: *Manual de Historia de Cartagena*. Cartagena, 1996.
- Pérez Sánchez, José Alfonso: *La imagen de La Unión en la obra periodística de Asensio Sáez*. Tesis doctoral. Universidad de Alicante, 2004.
- VVAA: *Historia de la Región de Murcia*. Murcia, 1986.
- VVAA: *La sierra de Cartagena-La Unión*. Número monográfico de la revista *Bocamina* (número 2). Madrid, 1996.